



REZO DE VÍSPERAS

Bendito sea Dios, rico en misericordia, que ha hecho grandes cosas en favor nuestro y de toda la Iglesia. Agradecemos en todas las cosas a Dios Padre por medio de Jesucristo, en quien ha vencido nuestra muerte y nos ha dado nueva vida.

El ha derramado sobre nosotras, hijas suyas, las riquezas de su gracia, nos ha hecho partícipes de su proyecto de amor, testigos de su caridad hacia toda la humanidad, Epifanía del amor de Dios Trinidad, que quiere entrar en comunión con los hombres. «La vida consagrada refleja este esplendor del amor, porque confiesa, con su fidelidad al misterio de la Cruz, creer y vivir del amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (VC, n. 24). Dios, liberándonos del poder de las tinieblas, nos ha trasladado al reino del Hijo de su amor, reino de la luz.

Estamos aquí reunidas en este día pascual para agradecer al Padre, ante todo, por Jesucristo, en quien hemos sido salvadas. Agradecemos también el don de nuestra vocación y consagración en la Pureza, y lo hacemos en comunión con toda la Iglesia que en esta hora glorifica al Padre en Cristo Jesús, Luz del mundo.

Introducción al salmo 109

Este breve salmo es quizá el más importante de todo el Salterio; al menos en ninguno se concreta tan bien la personalidad del Mesías. En el salmo 2 se habla del Mesías como lugarteniente de Yahvé; aquí se le presenta además como sacerdote, reuniendo así las dos potestades: la civil y la religiosa.

Comenta san Máximo de Turín (siglo IV-V): «Según nuestra costumbre, la participación en el trono se ofrece a aquel que, realizada una empresa, llegando vencedor, merece sentarse como signo de honor. Así pues, también el hombre Jesucristo, venciendo con su pasión al diablo, abriendo de par en par con su resurrección el reino de la muerte, llegando victorioso al cielo como después de haber realizado una empresa, escucha de Dios Padre esta invitación: "*Siéntate a mi derecha*". El Hijo está sentado a la derecha porque, según el Evangelio, a la derecha estarán las ovejas, mientras que a la izquierda estarán los cabritos. Por tanto, es necesario que el primer Cordero ocupe la parte de las ovejas y la Cabeza inmaculada tome posesión anticipadamente del lugar destinado a la grey inmaculada que lo seguirá»

Dirijamos pues, con este salmo, nuestra invocación al Padre de Jesucristo, único rey y sacerdote perfecto y eterno, para que haga de nosotros un pueblo de sacerdotes y profetas de paz y amor, un pueblo que cante a Cristo, rey y sacerdote, el cual se inmoló para reconciliar en sí mismo, en un solo cuerpo, a toda la humanidad, creando al hombre nuevo.



Es recomendable que este salmo 109 sea proclamado en forma dialogada, a la manera del relato de la pasión en los días de Semana santa. En este diálogo deberían intervenir:

- 1. El cronista (una solista)*
- 2. Dios (otra solista)*
- 3. El pueblo: este último, representado por toda la asamblea, debería hacer las aclamaciones del pueblo al nuevo rey.*

De este modo, se facilita una oración contemplativa de la victoria pascual de Cristo.

Introducción al salmo 113 A

Acabamos de meditar el salmo 109, que nos ha hecho contemplar el triunfo del Mesías, el Primogénito entre muchos hermanos, a quien el Padre ha prometido «hacer de sus enemigos estrado de sus pies» (v. 1). Ahora el salmo 113 nos hará contemplar al pueblo que, también triunfante, sigue a Cristo, caminando hacia la libertad definitiva: el nuevo Israel *salió de Egipto, los hijos de Jacob de un pueblo balbuciente.*

El éxodo que celebra el salmo se convierte en figura de otra liberación más radical y universal. Dante, en la Divina Comedia, ve en el salmo el canto de la espera y de la esperanza de quienes, después de la purificación de todo pecado, se orientan hacia la meta última de la comunión con Dios en el paraíso.

Para la comunidad cristiana este salmo es, pues, una evocación de su propia peregrinación, triunfante por lo menos en la esperanza. Como Israel se sintió acompañado por Dios durante los años del desierto, así también el pueblo cristiano se ve acompañado por la fuerza de Cristo y de su misterio pascual en su caminar por este mundo.

Que este salmo nos invite, de esta manera, a la contemplación de la victoria de Cristo participada por la Iglesia.

Introducción al cántico del Ap 19

El cántico con el que terminamos hoy la salmodia es una aclamación a Cristo, Señor victorioso, muy parecida por su estilo a las que, en la antigüedad, se entonaban en honor del emperador. En el Apocalipsis, estas aclamaciones forman parte de la contemplación profética del hundimiento de la nueva Babilonia, figura del mal, y de la victoria del Cordero vencedor.

Nosotros, desterrados también y lejos del reino, celebramos el triunfo de la humanidad, inaugurado por la resurrección de Jesucristo, y nos sentimos incorporados en este mismo triunfo y partícipes de él, como la esposa asociada a la gloria de su esposo. La Iglesia, en la tierra, armoniza su canto de alabanza con el de los justos que ya contemplan la gloria de Dios. Así se establece un canal de comunicación entre la historia y la eternidad.

En el centro de esta invocación gozosa se encuentra el recuerdo de la intervención decisiva de Dios en la historia: el Señor no es indiferente, como un emperador impasible y aislado, ante las vicisitudes humanas. Dios se hace presente en la historia, poniéndose de parte de los justos y de las víctimas.



«Llegó la boda del Cordero; su Esposa se ha embellecido» nos dice también el cántico. Cristo y la Iglesia, el Cordero y la Esposa, están en profunda comunión de amor. Es el momento supremo de la intimidad entre la criatura y el Creador, en la alegría y en la paz de la salvación.

Que nuestra congregación sea reflejo y anticipo de la gran fraternidad de todos los hombres, que un día gozaremos victoriosamente bajo la presencia amorosa del Padre y unidos estrechamente a Cristo por el Espíritu. Que al elevar nuestras voces en este canto de alabanza seamos, ciertamente, reflejo de su gloria y hermosura.

PRECES

Oramos con las preces correspondientes, y añadimos esta intención:

Tú que nos has llamado a entregar la vida junto a Ti,

- Haz que nuestra congregación, reavivada en el fuego de tu Resurrección, sea fiel reflejo de tu amor salvador, de tu ternura y misericordia hacia todos los hombres.